

rosa la que se padece con el miedo, que con el mismo dolor; la justicia, pues, del Eterno Padre presenta con distincion á la vista de Jesu-Christo todo el aparato de la Cruz; la noche del Pretorio, las salivas, las bofetadas, los azotes, las burlas, y el fatal madero; estas funestas imagenes le crucifican anticipadamente; en su Pasion, los tormentos se han de suceder unos á otros; no será á un mismo tiempo escarnecido, azotado, coronado de espinas, atravesado con la lanza, y crucificado; pero aquí todo sucede á un mismo tiempo; se reunen todos sus dolores, y su alma toda entera se vé sumergida en un mar de tribulacion y amargura; en el Calvario toda la naturaleza se ha de desordenar, é interesarse á favor suyo; hasta sus mismos enemigos le han de reconocer por hijo de Dios; pero aquí padece entre las tinieblas y el silencio, y sus mas amados discipulos le abandonan.

Y así, esta alma santa, no pudiendo sufrir ya el peso de su males, y manteniendose por otra parte en su cuerpo, porque así lo pedia el rigor de la Divina Justicia, triste hasta la muerte, y sin poder morir, mirando como imposible el poner fin á sus penas, y tambien el sufrirlas, parece que está luchando con la congoja y dolores de su agonía entre la vida y la muerte, y el triste fruto de estos penosos esfuerzos es un copioso sudor de sangre, que corre hasta la tierra: *Et factus est sudor ejus sicut gutta sanguinis decurrentis in terram.* (a) Padre justo, ¿era acaso preciso que fuese sangriento el sacrificio interior de vuestro hijo? ¿No basta el que sus enemigos hayan de derramar su preciosísima sangre? ¿Es posible que vuestra Justicia se haya de dar priesa, por decirlo así, á verla derramada?

Ved aquí, católicos, hasta donde el mismo Dios,

(a) *Luc. 22. v. 4.*

cuya infinita bondad confesamos, estiende los rigores de su venganza contra su propio hijo, al verle cargado con nuestras culpas. ¡Qué motivo este para que nosotros reparemos con rigurosas penitencias los desordenes de nuestras primeras costumbres, y para que no empleemos la vida sino en expiarlos! Y no obstante esto, los mismos trabajos de Jesu-Christo sirven de pretexto á nuestra impenitencia: Nos persuadimos á que habiendo el Señor sufrido por nosotros todas las penas, casi no nos queda que hacer, y que nos serían de muy poca utilidad sus trabajos, si tuvieramos necesidad de padecer como él. ¡Oh Salvador mio! ¿Es posible que Vos habeis de haber sido el hombre de dolores, solamente para darnos motivo de que nosotros seamos delicados y sensuales? ¿Pueden vuestros trabajos contradecir vuestra doctrina? ¿Puede ser vuestra cruz la dispensa de vuestros preceptos, ni vuestra dolorosa muerte la mitigacion de vuestro Evangelio?

¿Os parece, católicos, que el precio que dió á nuestros trabajos su misma sangre los habia de hacer inútiles? Es verdad que Jesu-Christo lo padeció todo por nosotros: Es decir, que todos nosotros estabamos condenados á padecer, y que si el Señor no hubiera padecido, no serían aceptados nuestros trabajos; y así, ofreciendo su propia vida dispuso á la Justicia de Dios para que aceptase el corto sacrificio de nuestra penitencia: El merito de su sangre, uniendo nuestras lagrimas y mortificaciones á las suyas, las dió un precio digno de Dios. Despues que Jesu-Christo murió por el hombre, y en lugar del hombre, puede el hombre padecer por Dios, y ya el hombre no es indigno de Dios. Este es el precio de la sangre de Jesu-Christo; y es locura pensar que su Cruz nos haya dispensado de padecer, siendo ella misma la que nos hizo útiles nuestros trabajos.

Con todo eso, despues de haber sacrificado al mundo

y á las pasiones la mejor parte de nuestra vida , nos asusta el mas leve sacrificio en la penitencia : Despues de haber padecido infinitos trabajos por el mundo , por la fortuna , y por los deleytes , nos quejamos de tener que padecer un instante por Jesu-Christo : Su yugo nos parece pesado ; nuestras pasiones nos habian sido molestas y penosas , y nuestra virtud nos es comoda y tranquila ; y sin haber experimentado otros rigores en una nueva vida , mas que el haber salido de ciertas costumbres desordenadas , que acaso no nos eran decentes , ya nos parece que todo está hecho , y que nada mas nos pide el Señor. ¡Qué poco conocemos la Justicia de Dios , católicos ! *No hay remision , dice el Apostol , sin efusion de sangre. (a)* La penitencia es un sacrificio sangriento ; es decir , que la carne rebelde debe experimentar sus dolores , y que el pecador no puede aplacar á su Dios hasta que el exceso de su arrepentimiento le haya puesto en agonías de tristeza , y hasta que haya expiado sus pasiones con los golpes de su penitencia y trabajos. ¡Oh Salvador mio ! Nosotros os adoramos en vuestra agonía como modelo de verdaderos penitentes , y este es el trabajo que nos debe costar el reconciliarnos con vuestro Padre. Luego con razon decia yo , que la agonía de Jesu-Christo era una consumacion de Justicia por parte de su Eterno Padre , pues le hace que padezca todos los horrores , toda la infamia , y todo el dolor que merece el pecado ; pero tambien su muerte es una consumacion de malicia por parte de los hombres ; y esto voy á manifestar en la continuacion de esta historia.

(a) *Hebr. 9. v. 22.*

SE-

SEGUNDA PARTE.

DE dos modos se consume hoy la malicia de los hombres en la muerte de Jesu-Christo : Primeramente , se consume en ella esta malicia , porque en este caso llegó á su mas alto punto , y porque los Judios llenan la medida de sus padres con el mas horroroso de todos los delitos : En segundo lugar , se consume en ella esta malicia , porque halla en ella su expiacion y su remedio : Estas dos consumaciones profetizaba el Angel á Daniél , quando le anunció la muerte de Jesu-Christo : Entonces se consumará la prevaricacion , le decia , con la malicia de los que le han de dar la muerte. *Ut consummetur pravaricatio. (a)* Se acabará el pecado , y hallará su muerte en esta misma accion : *Et finem accipiat peccatum , & deletur iniquitas. (b)* Nada tiene de extraño esta doctrina , despues que nos enseñó el Apostol que Jesu-Christo condenó al pecado con el mismo pecado , y que se sirvió de la mas grande malicia de los hombres para obrar en ellos la mayor misericordia.

Digo pues , que la malicia de los hombres llegó hoy á su mas alto grado , ya se atiende á la flaqueza ó perfidia de los discipulos que niegan al Salvador , ó á la mala fé de los Sacerdotes y Doctores que le juzgan , ó á la inconstancia del pueblo que pide su muerte , ó á la cobardia de Pilatos que le condena , ó finalmente , á la inhumanidad de los Verdugos que le crucifican : Prosigamos la historia de sus dolores , é id reflexionando conmigo sus circunstancias.

Primeramente : En la flaqueza ó perfidia de los disci-

(a) *Dan. 9. v. 24. (b) Ibidem.*

cipulos que ó le niegan, ó le abandonan: Apenas, dice el Evangelio, volvió Jesu-Christo en sí de aquella triste agonía, y acababa de hablar con sus discípulos, *quando llega Judas, uno de los doce, á la frente de una tropa de Soldados, armados con espadas y palos, que van con orden de los Príncipes de los Sacerdotes, y de los ancianos, á prender á Jesu-Christo.* (a) ¿Quién hubiera creído, católicos, que un discípulo elevado por elección del mismo Jesu-Christo á la sublime dignidad del Apostolado, compañero de sus viajes, confidente de sus secretos, testigo de su inocencia, de su santidad y prodigios, honrado hasta entonces con su confianza, que poco antes se habia alimentado con su precioso cuerpo y sangre, se pusiese á la frente de sus verdugos, y fraguase él mismo todo el proyecto de su muerte? ¿Qué tristeza sería para el corazón de Jesu-Christo el ver á un amigo, á un Apostol, destinado á hacerle conocer y adorar de todos los hombres, y á morir por él y por su doctrina, ser el principal autor de su muerte? ¡Ah! católicos, el que una vez se ha unido á Jesu-Christo con una nueva vida, como aquel discípulo, el que ha conocido el engaño del mundo, y las grandes verdades de la fé, si despues se hace infiel como él, no conoce limites en su infidelidad; no hay mal de que no sea capáz el que ha inutilizado la gracia que le sacó de el desorden; el grado de virtud á que habia sido elevado, es la medida del abismo que se abre á sí mismo en la recaída; y no hay exceso que no se pueda esperar de los que despues de haber caminado algun tiempo por el camino de Dios vuelven al siglo, y se declaran otra vez contra Jesu-Christo.

Reparad hasta qué exceso llega la perfidia de este infiel discípulo: No llega con la cara descubierta á apoderarse de la persona de su Maestro, sino que oculta su in-

(a) *Matth. 26. v. 47.*

fame designio con las mas tiernas señales de amistad. Da un beso sacrilego á Jesu-Christo: Un beso, dice S. Leon, que atraviesa el corazón de su Divino Maestro, de un modo mas doloroso que la lanza del Soldado que le atravesó en el Calvario; se vale de la mas expresiva demostracion de paz, para señal del mas infame delito; tiene la osadía de arrimar aquellos impíos labios, que acaban de decir á los Sacerdotes: *¿Qué me habeis de dar, y yo os le entregaré?* á aquellos labios sagrados de el que puede reducir á cenizas al pecador, solamente con el aliento de su boca; y no obstante esta perfidia, no oye de ella sino palabras de paz y de clemencia: Le trata como á amigo: *Amice*, dá muestras de ignorar su intento, *¿ad quid venisti?* Como para darle á entender, que aún tiene tiempo para arrepentirse, y que no debe desesperar: ¡Infiel discípulo! ¿No se hace pedazos tu corazón en este lance? ¿No se mueve á amar á tan Divino Maestro? ¿Puedes sufrir la afabilidad de su vista, tan feliz para los discípulos infieles? ¿Puedes sufrir la Magestad de su persona, el resplandor de su Divino rostro, y el agrado de sus palabras, sin caer á sus pies muerto de dolor, y sin pedirle con un torrente de lagrimas, que se olvide de tu traicion?

¿Quántos imitadores de este traidor discípulo se hallan en esta santa solemnidad? ¿Quántos perfidos se acercan á Jesu-Christo al pie del Altar, con un corazón reuelto á hacerle traicion, y cuyo beso de paz, que le han de dar quando participen del adorable Sacramento, no será mas que una pura ficcion, y solo porque por razon de su clase se hallan muy expuestos á la vista de los hombres, y serán muy notados si dejan de cumplir con esta obligacion, que no será mas que un puro cumplimiento, y por no dar motivo, dejandolo de hacer, á la murmuracion y á las publicas reflexiones? ¿A quántos indignos christianos los dirá tambien el Señor, quando los vea acer-

acercarse al Altar Santo : ¡oh infelices! ¿Es posible que habeis de entregar al hijo del hombre con un beso? ¿Os valeis de la mas preciosa señal de mi amor para cargarme de nuevos ultrajes? ¿*Osculo filium hominis tradis?*

Ved ya , católicos , al Salvador del mundo en manos de un traidor , y de una tropa de furiosos Ministros: Aquí empieza la historia pública de sus afrentas : Se apoderan de él , le atan , y le llevan arrastrando como á un malhechor : Pedro se pone inmediatamente en estado de defenderle , pero el Salvador le manda que vuelva á embaynar su espada , enseñandonos con esto que las armas que ha de dejar á su Iglesia son unas armas espirituales; que la mas segura defensa de sus Ministros es la paciencia , la oracion , y la santidad ; que pudiendo él mismo valerse de legiones de Angeles para destruir á sus enemigos , se contentaba con pedir por ellos á su Eterno Padre; que su doctrina no se habia de propagar , ni defender , sino con las maximas de la caridad , del amor , y de la humildad que ella misma enseña ; y finalmente , que la espada que nos ponía en la mano , solamente estaba destinada á destruir las pasiones , y no á los pecadores: Por eso Pedro tardó muy poco en contradecirse , porque el zelo indiscreto , que regularmente es efecto del genio , no puede durar mucho , y al primer peligro descubre toda su ilusion y flaqueza : Por eso no sigue , sino á lo lejos , á su Divino Maestro , á quien aquella tropa insolente lleva arrastrando á la presencia del Pontífice ; y ved como toda aquella ostentacion de zelo y de valor llega muy presto á parar en una infame cobardía. El que sigue á Jesu-Christo á lo lejos , y como forzado , no dura mucho tiempo en su servicio : No hay cosa mas peligrosa que equivocar el zelo con el genio ; muchas veces nos parece que defendemos á Jesu-Christo , y no intentamos mas que satisfacernos á nosotros mismos ; y algunas veces los indiscretos defensores de la verdad la hacen
mas

mas agravio con sus escándalos y caídas , que sus mismos enemigos , aun quando se declaran contra ella.

Y á la verdad , ya estoy oyendo á aquel cobarde discipulo protestar publicamente en la casa de Cayfás que no conoce á Jesu-Christo : Una muger le hace temblar ; una simple pregunta le hace apostata y perjuro ; hasta tres veces asegura que no es discipulo de Jesus , y en presencia de su Divino Maestro , atado , afligido , burlado , y calumniado , añade este nuevo dolor al de sus cadenas. ¡Gran Dios! ¡Qué caída esta! El primero entre todos los Pastores , la columna de todas las Iglesias , el Apostol de la Circuncision ; el discipulo á quien el mismo Jesu-Christo llamó bienaventurado , y á quien el Padre celestial habia revelado el mysterio de su hijo!

Pedro á la frente del rebaño , y quando habla en nombre de todos los demás discipulos , confiesa generosamente á Jesu-Christo , pero cae luego que se halla solo y separado de los fieles , á quienes hubiera debido mantener , juntar y confortar en esta triste ocasion. Los Pastores solamente están seguros quando se hallan rodeados de sus ovejas ; el guardar á éstas les sirve tambien de guarda para ellos , pero luego que se apartan de ellas y las abandonan , en todas partes hallan que temer. En medio de su rebaño es en donde el Señor los reviste de fortaleza , los llena de luz y de bendiciones , porque allí los mira como á Ministros suyos , y allí es en donde les ha prometido sostenerlos en los penosos cargos de su ministerio ; fuera de allí no los conoce , son unos hombres flacos , comunes , sin fuerza , sin constancia , y sin dignidad ; y como entonces no son útiles á su Iglesia , los mira con indiferencia el Señor ; en las mismas funciones que constituyen su obligacion , hallan tambien toda su seguridad y fortaleza.

Pero esta caída , aunque tan infame , no puede hacer que Jesu-Christo aparte de su corazon á aquel infiel discipulo , y aun le tiene por digno de su vista ; mira

con un especial cuidado, lleno de amor y bondad, à aquel cobarde Apostol, por entre las calumnias de los Sacerdotes, las imposturas de los falsos testigos, los ultrages de los sacrílegos que le insultan, y los descompasados gritos de los que piden su muerte; fixa en él sus divinos ojos, y con un mudo language, al que aun daban mas energía sus afrentas, le dice: ¿Es esta la fidelidad que tantas veces me habias prometido? Cobarde discipulo, si yo tuve poder para librarte de la violencia de los vientos y borrascas, ¿cómo puedes temer el que no le tenga para defenderte contra toda la fuerza de los hombres? Mas me ha abatido tu caída, que todos los ultrages de que me ves cargado: ¡Ah ingrato! tú acabas de jurar que no me conoces; pero yo todavía te conozco à tí, todavía estoy viendo en tí la cabeza de mi Iglesia, y el Pastor de mi rebaño; por mas indigno que seas de mi amor, aun te amo; y esas lágrimas que ves correr de tus ojos, son à un mismo tiempo fruto del amor que te tengo, y expiación de tu pecado.

Apenas recibió el Señor el ultrage, quando se olvidó de él: ¿Y cuántas veces, Católicos, al mismo tiempo de salir nosotros de la culpa nos ha mirado Jesu-Christo, como à este Apostol infiel, con ojos de misericordia? ¿Cuántas veces ha excitado en nuestro corazon remordimientos vivos y penetrantes, nos ha abierto los ojos para que veamos la indignidad de nuestra vida, y aun acaso tambien nos ha hecho derramar lágrimas de enfado, de tristeza y de disgusto de nosotros mismos? Pero éstas no han sido mas que unas lágrimas pasajeras, unos movimientos instantaneos, una tristeza, en que tenia mas parte el amor propio, que el aborrecimiento al pecado. Nuestra afliccion proviene de un secreto pesar de no poder hallar nuestra felicidad en los placeres de los sentidos; quisieramos vivir felices y tranquilos en la culpa, y nos entristecemos porque no lo podemos conseguir; nos pesa de no podernos formar un estado fixo

è inalterable en la iniquidad; nos disgustamos de nuestras inquietudes, y no de nuestros desordenes; el vacío, y no el horror de la injusticia de nuestros sensuales deleytes es quien nos molesta; y nuestro disgusto no proviene de ser enemigos de Dios, sino de que somos molestos à nosotros mismos. De este modo se consume hoy la malicia en la ingratitud de los discipulos que entregan al Salvador, ò que le niegan.

Pero en segundo lugar; se consume tambien con la mala fé de los Sacerdotes que le condenan; porque primeramente, no les mueve el arrepentimiento de Judas; se presenta à ellos, llevando pintada en su rostro la desesperacion, para declararles que pecó quando entregó la sangre inocente, Nunca se ha visto testimonio menos sospechoso: El mismo enemigo de Jesu-Christo es quien depone à favor de su inocencia: Un traydor que todavía no ha disfrutado el premio de su traycion, es el que va à restituir su funesto precio: Un infelíz, que entonces nada espera de su Maestro, y que viéndole abatido, ultrajado, y ya pronto para ser condenado à muerte, no espera el que algun dia haya de conocer su arrepentimiento: Solamente la fuerza de la verdad es la que arranca de su alma la confesion de su culpa; ¿pues qué cosa puede haber mas favorable para Jesu-Christo que esta retractacion? No obstante, aquellos Jueces de iniquidad, que se habian servido de su flaqueza, cierran los ojos à su arrepentimiento. Ese es negocio tuyo, le dicen: *Tu videris*. A ellos no les importa el condenar à un inocente; à ellos no les importa derramar la sangre del justo, y llenar su medida con el mayor de todos los delitos. ¡Oh Dios mio! ¡Qué terrible sois quando obstinais los corazones!

Estos Magistrados, que eran los principales entre los Judios, habian resistido hasta entonces à los milagros y à la doctrina de Jesu-Christo. La salud del Paralitico, la conversion de la pecadora, la vista que dió al ciego de

nacimiento, y la resurreccion de Lázaro habian sido para ellos unas instrucciones inutiles. Aun el mismo Judas que muere desesperado, no los mueve ni asusta; el continuo abuso de las gracias guia siempre à la obstinacion; vosotros, los que há tanto tiempo que estais resistiendo à Dios, llegareis à un estado en que ni las muertes mas funestas, ni las verdades mas terribles, ni las mas santas solemnidades, ni las conversiones mas públicas no os moverán; y puede ser que ya os halleis en este estado. Ya vivís tranquilos en vuestras culpas à fuerza de ahogar vuestros remordimientos, de resistir à vuestras propias luces, y de oponeros à la verdad, de la que la buena crianza, y un buen natural habian dexado bastante semilla en vuestros corazones: No hay cosa que os despierte de vuestro letargo; ni las verdades que os anunciamos, ni los mysterios que nos veis celebrar; el libertinage, que en otro tiempo no era en vosotros mas que un exceso de la edad y del temperamento, ha degenerado en una monstruosa Filosofía; la culpa os mueve casi tan poco como la virtud; los deleytes de las pasiones os hallan casi tan indiferentes como los santos atractivos de la gracia. Ofrecéis à Dios y al mundo un disgusto, y una insensibilidad à que os ha reducido el cansancio de las pasiones, el que es infinitamente mas terrible para la salvacion que los mismos excesos del desorden: ¿Qué distantes os hallais del Reyno de Dios, y qué felices seriais si pudierais conocerlo!

En segundo lugar; admirado el Príncipe de los Sacerdotes del silencio de Jesu-Christo acerca de las acusaciones que le imputan, descubriendo, segun parece, en su paciencia, en su mansedumbre, y en la magestad de su rostro alguna cosa mas que humana, le dice: En el nombre de Dios vivo te mando que nos digas si tú eres Christo hijo de Dios: Pero hombre, si deseas sinceramente conocer la verdad, ¿para qué preguntas al mismo Jesu-Christo acerca de la santidad de su ministerio? Pre-
gun-

gunta al Bautista à quien tuviste por Profeta, y que confesó que este era Christo; pregunta à unos prodigios que nadie hasta entonces habia hecho, y que dán testimonio de que el Padre Eterno es quien le embia; pregunta à los testigos de su vida, y verás que el engaño nunca ha estado acompañado de tantas señales de inocencia y santidad; pregunta à las Escrituras, tú que eres el mas sabio de todos, y mira si Moysés y los Profetas dieron testimonio de él; pregunta à los ciegos à quienes ha dado vista, à los muertos que ha resucitado, à los leprosos que ha sanado, al pueblo que ha sustentado, y à las ovejas de Israel que ha traído à su rebaño, y todos te dirán que Dios nunca ha dado tanto poder à los hombres: Pregun- ta al cielo, que tantas veces se ha abierto sobre su cabeza para enseñaros que este era su hijo querido; y si no bastan estos testigos, pregunta al mismo infierno, y sabrás de los demonios que le obedecen, saliendo de los cuerpos de los hombres, que ese es el Santo de Dios; pero tú no buscas sinceramente la verdad; no quieres mas que poner lazos à su inocencia; y como sucede muchas veces, particularmente à los poderosos que viven preocupados de sus pasiones, aunque consultas, no quieres ser desengañado; finges que quieres averiguar la verdad, pero te pesaria de hallarla.

Con todo eso el Salvador, para enseñarnos que las pasiones y preocupaciones de los hombres no deben servir de embarazo para que demos la gloria debida à la verdad, particularmente quando estamos obligados à publicarla por razon de nuestro carácter, que somos deudores de ella aun à aquellos que quieren servirse de ella contra nosotros, y que no siempre debemos esperar à que sea recibida favorablemente, confiesa que es el Christo prometido en los Profetas, y anunciado à sus Jueces, que han de ver al hijo del hombre sentado à la diestra de Dios, que vendrá con magestad, rodeado de las nubes del cielo: Que fue lo mismo que decirles: Vosotros no me que-
reis

reis reconocer en mi abatimiento, pero algun día me conocereis, quando me veais sobre una nube de gloria, cercado de poder, de terror y magestad; ahora me estais mirando como à reo, pero entonces seré vuestro Juez, y de todas las naciones juntas; aunque está cargado de cadenas y oprobrios, habla como que es Dios, y al mismo tiempo nos dá à entender que en el siglo venidero todo mudará de semblante; que el pobre y el afligido se sentarán en tronos de luz y de gloria; que estos hombres justos, à quienes ahora se pisa, y cuya pobreza de espíritu y falta de talento, al parecer, tanto se desprecia, resplandecerán entonces en medio de los ayres como astros puros, y juzgarán con Jesu-Christo à todo el Universo; quando al mismo tiempo los Grandes y poderosos, los que ahora juzgan la tierra, y que parecen en ella árbítrros de la fortuna y destino de los pueblos è Imperios, estos Heroes tan ponderados del mundo, que ahora resplandecen con una gloria puramente humana; serán despreciados, degradados, abatidos y mirados como oprobrio de los hombres, y estarán confusos con su soberbia, y con sus culpas.

Con todo eso, una respuesta tan terrible y tan propia para aplacar el furor de aquellos Jueces, es para el Salvador respuesta de muerte; indignado el Pontífice rompe sus Sacerdotales vestiduras, y con esta accion profetiza sin saberlo, como dice S. Leon Papa, que ya queda despojado para siempre de la dignidad de su Sacerdocio, del que Jesu-Christo, nuevo Sacerdote, va à tomar posesion à la diestra de Dios Padre en el verdadero Santuario, en donde siempre permanecerá vivo para interceder por nosotros: Blasfemó, exclama el Pontífice, ¿qué necesidad tenemos de testigos? Este Juez corrompido sirve de acusador; aqui se falta à todas las reglas de la equidad; no espera el dictamen de los demás, sino que se le inspira; no hay en toda aquella asamblea, que en otro tiempo habia sido la mas venerable del mundo,

do, quien se atreva à declararse protector de la inocencia; todos se conforman cobardemente con la pasion de la cabeza: No hay siquiera un Gamaliel, que con consejos de moderacion procure à lo menos suspender la iniquidad de esta sentencia, ¿qué pocas veces hay quien se atreva à ponerse solo de parte de la razon y de la justicia! y sin haber deliberado antes, se levantan en medio de la iniqua asamblea unas voces tumultuosas, que pronuncian que Jesu-Christo es digno de muerte: *Reus est mortis* (a).

¡Oh Salvador mio! en esta sacrilega sentencia adorais el decreto que entonces pronuncia contra vos vuestro Eterno Padre; de su eterna boca estais oyendo salir aquellas irrevocables palabras de vuestra condenacion: digno es de muerte: *Reus est mortis*. Cayfás no hace mas que prestar su perfida voz al celestial Oráculo: Por eso, Señor, vos no os quejais de su injusticia; callais como un cordero que va à ser sacrificado, y respetais en la injusticia de su decreto, las justas y adorables ordenes de vuestro Padre.

Aprendamos pues, Católicos, à no quejarnos de los hombres, ni de los injustos tratamientos que de ellos recibimos; miremos à nuestros enemigos como que sirven à los designios de Dios, y à nuestra eterna predestinacion; distingamos entre los golpes que nos tiran sus pasiones, la sabiduría y la mano invisible de aquel Soberano Señor que los gobierna; y acordemonos de que desde el punto que los hombres se declaran nuestros perseguidores, son mas dignos de nuestro respeto; porque desde entonces son Ministros de la Divina Justicia para con nosotros, y no hacen mas que executar sus ordenes en la tierra.

Pero vamos mas adelante; todos los pasos que desde ahora irá dando el Salvador serán nuevas ignominias: Y así

(a) *Matth. 26. v. 66.*

asi en tercer lugar : hoy se consume la malicia de los hombres en la inconstancia del pueblo que pide su muerte. Al salir de la casa de Cayfás , en donde Jesu-Christo acababa de pasar una noche tan ignominiosa y cruel , entregado à la insolencia y brutalidad de los Ministros y siervos del Pontifice , expuesto él solo por toda la noche à unos oprobrios , cuya sola memoria hace que se extremezca nuestra fé , y arranca lágrimas à la devocion , abandonado de todos sus discipulos , esperando al dia , solamente para ver empezar con mas publicidad la historia de sus afrentas à vista de toda Jerusalén , es llevado al Pretorio por medio de las calles de aquella ciudad ingrata è inconstante , seguido como un malhechor de un tropel de malvados que le insultan : ¡ oh qué mudanza ! poco antes le habiamos visto entrar en Jerusalén al ruido de las públicas aclamaciones , y como un Rey triunfante , que iba à tomar posesion de su imperio ; pero hoy , ¡ qué nuevo aparato ! cargado de confusion , de todas las maldiciones de este mismo pueblo conmovido , y que pide su muerte con terribles gritos . ¡ Oh Dios mio ! con este exemplo queriais que aprendiesen vuestros siervos à no fiarse de la gloria del mundo , y de la estimacion de los hombres , tan poco constante y sólida , y mucho mas à no sacrificar la obligacion y conciencia à sus vanos juicios , y à que se unan à vos solo , que siempre nos estais viendo como en la realidad somos , y cuyos juicios permanecen eternamente .

A la verdad , ¿ à qué exceso no llegó aquel ingrato pueblo con su inconstancia y ceguedad ? ¿ Qué delitos no cometió en un solo delito ? Primeramente , una monstruosa injusticia : le proponen que dé libertad à Jesu-Christo , ó à un grande malhechor à quien sus públicos delitos habian hecho digno de muerte : ¡ Qué paralelo ! El Salvador de los hombres comparado con un malhechor y un homicida ! Con todo eso , los públicos votos , los Sacerdotes , los Ancianos , los Doctores , la multitud , delante del Tribunal de un Juez infiel , en presencia de toda Ju-

Judéa , y en el mas ruidoso suceso de que jamás se habia hablado en Jerusalén , dán la preferencia à Barrabás .

¡ Ah católicos ! nosotros sentimos tanto la mas leve preferencia que nos humilla ; nuestra soberbia hace subir en este caso nuestro resentimiento al mas alto punto ; por poco que nos veamos olvidados , por poco que ensalcen à nuestros competidores ó iguales , nunca hallamos bastante mal que decir de la injusticia de los hombres , murmuramos de la eleccion de nuestros superiores , y minoramos el merito de los que nos son preferidos ; aprendamos pues , de Jesu-Christo , à no confiar en la justicia de los hombres ; que solamente lo que se hace por Dios es lo que nunca queda sin recompensa ; y que si en los servicios que hemos hecho à la patria no hemos tenido mas motivos que la ambicion , es muy justo que seamos castigados con nuestra misma ambicion ; la verdadera virtud mas piensa en hacerse digna de las gracias que en conseguir las .

En segundo lugar ; un ciego furor : Un Magistrado Gentil no se atreve à pasar adelante en la condenacion de Jesu-Christo ; declara que sus manos no quedan manchadas con la sangre de este justo , y aquel furioso pueblo pide que su sangre venga sobre él y sobre toda su posteridad ; consiente y desea que esta maldicion se perpetúe eternamente sobre sus descendientes . *Sanguis ejus super nos & super filios nostros.* (a) El suceso corresponde à sus deseos ; y siendo el dia de hoy oprobrio de todo el universo , vagos , fugitivos , despreciados , sin altar , sin lugar fijo , sin sacrificio , llevan sobre su frente el delito de esta sangre que derramaron .

De este modo los juicios injustos son principio de maldicion en las familias : Dios pide hasta la quarta generacion la sangre que temerariamente derramó la injusti-

(a) *Matt. 29. v. 23.*

ticia de uno solo de sus mayores, sentado en los tribunales, y abandonado á las pasiones ajenas. Estas casas heridas con una mano invisible, sirven de espanto al mundo por su decadencia; y los nietos llevan hasta el fin sobre su frente la iniquidad de sus padres.

En tercer lugar; una infame ingratitud. En otro tiempo movidos de los beneficios que habian recibido de Jesu-Christo, quisieron levantarle por su Rey, y hoy dicen publicamente que no tienen mas Rey que al Cesar; desprecian al hijo de David, aquel Rey cuyo reyno ha de ser eterno, y no quieren que reyne sobre ellos. *Nolumus hunc regnare super nos; non habemus Regem nisi Casarem.* (a).

No es este, católicos; hablo principalmente con los que habitais en los Palacios de los Reyes, ¿no es este el estilo en que hablais todos los dias á Dios en lo intimo de vuestros corazones? Quantas veces le habeis dicho en secreto, resistiendo á sus santas inspiraciones: Todavía no queremos que reyneis sobre nosotros; todavia no es tiempo de servirnos, ni de abandonar el mundo y nuestros desordenes; es necesario esperar á una edad mas avanzada; la edad en que nos hallamos es propia para nuestros adelantamientos, y para conseguir los puestos que nos son debidos; nosotros no podemos servir á otro Dios que al Cesar, á la Corte, y á nuestra fortuna: Esta, católicos, es vuestra unica divinidad: nuestro Religioso Principe quiere que Dios solo reyne sobre él; pone á sus pies su Cetro, su Corona, y su Imperio; todos sus respetos se dirigen solamente á Dios; y al mismo tiempo, vosotros estais ordenando á él todo vuestro culto; aprended á lo menos á merecer sus gracias imitando sus virtudes.

En quarto lugar; la malicia de los hombres se con-

(a) Joann. 19. v. 16.

suma tambien en la cobardía de Pilatos, que contra su misma conciencia, y contra lo mismo que está conociendo, no se atreve á declarar á Jesu-Christo inocente; y notad al mismo tiempo en la conducta de aquel corrompido Magistrado, todos los pasos de una indigna cobardía, que sacrifica la conciencia y la obligacion á la fortuna. Primeramente, conoce que á él no le corresponde sentenciar todas las acusaciones que se producen en juicio contra Jesu-Christo; que no hallandose instruido en la ley, no puede mezclarse en un negocio que unicamente parece miraba á la religion de los Judíos, y cuyo juicio estaba reservado al Sumo Sacerdote; con todo eso, por no disgustar á los principales Judíos, se mete á juzgar sin autoridad y sin conocimiento; sin conocimiento, porque ignora la ley; y sin autoridad, porque el Señor no ha establecido á los Magistrados seculares por jueces de la verdad y de la doctrina; su tribunal es asilo y defensa de la Iglesia, pero no es su regla ni su ley; deben ayudarla con su autoridad, pero no con sus decisiones ni votos; deben dejar á aquellos sugetos, á quienes el Señor ha confiado el deposito de la fé, el cuidado de conservarla, y de impugnar los errores que pueden oponerse á ella. En segundo lugar; no le dicen á Pilatos: Si dais por libre á Jesus sereis injusto, y pondreis un perpetuo horror á la memoria de vuestra Magistratura; sino que le dicen: no sereis amigo del Cesar. *Si hunc dimittis non es amicus Casaris.* (a) No le amenazan con que se opondria á la justicia, porque esto le movia muy poco; sino con que perderia su fortuna, á la que amaba mas que á la justicia. No hay cosa mas peligrosa para un Magistrado, que los fines particulares de ambicion y fortuna; luego que estos fines se apoderan de su corazon, ya no

(a) Joann. 19. v. 12.